SOTOMAYOR MURO, Manuel: *Cultura y picaresca en la Granada de la Ilustración. D. Juan de Flores y Oddouz,* Granada, Universidad, 1988, 296 pp.

Una etiqueta de lujo, la Alhambra, ha acuñado para siempre a Granada como la ciudad más árabe de España. Mérida, en cambio, suscita de inmediato evocaciones romanas al hilo de las monumentales ruinas que el tiempo ha ido modelando en el curso de los siglos en la que fue capital de una de las provincias romanas de Hispania. Y, sin embargo, Mérida era tan sólo un insignificante poblado indígena, sujeto al poder de Roma, cuando los habitantes del solar de Granada ya gozaban de los privilegios reservados a los escasos núcleos urbanos de derecho latino del Imperio. En ambos caso, pues, han sido más los caprichos del tiempo que el peso de la Historia los que han decidido la etiqueta tópica de una y otra ciudad. Y así, el período en que Granada fue capital de la refinada y decadente corte del último resto político de Al-Andalus ha enterrado en el olvido no menos de trece siglos de historia anterior, en los que esa misma ciudad fue sucesivamente con el nombre de *Iliberri,* poblado ibérico, centro de romanización de todo el alto Genil; núcleo urbano de derecho latino -el llamado *municipium Florentinum Iliberritanum*-; comunidad cristiana elegida como lugar de reunión del primer concilio hispano cuyas actas se han conservado y sede episcopal que cuenta entre sus titulares con uno de los Padres de la Iglesia primitiva, San Gregorio; baluarte, en fin, del reino visigodo en las fronteras del imperio bizantino de Justiniano.

Como muestras de este largo pasado, el recinto urbano de Granada y, especialmente, el área más elevada del Albayzín, han sido escenario, desde que el Renacimiento volviera sus ojos hacia la cultura clásica, de hallazgos arqueológicos ibéricos, romanos y visigodos que, de forma intermitente, no han cesado hasta hoy. Pero ni las inscripciones, ni los restos arquitectónicos, materiales de construcción, tumbas, esculturas, cerámicas y monedas que, intermitentemente y de forma casual, se descubrían aquí y allí, fueron los objetos que atrajeron, en los siglos XVI y XVII, la atención de la opinión pública granadina por su pasado romano. Porque estos descubrimientos, con ser importantes, fueron eclipsados por los "sorprendentes hallazgos" que, entre 1588 y 1585, convirtieron la vecina colina de Valparaíso -desde entonces convertida en "Sacromonte"en objeto de asombro y veneración. Y

es que estos "hallazgos" incluían nada menos que las supuestas cenizas de San Cecilio, uno de los llamados Varones Apostólicos, según la piadosa leyenda cristiana, y de otros once mártires de la fe, acompañadas de insólitos y esotéricos escritos teológicos, redactados en árabe, los llamados "libros plúmbeos".

Y fue un corolario de esta fantástica superchería morisca el que, paradójicamente, proporcionaría los más importantes hallazgos arqueológicos de la *Iliberri* romana, ciertamente, bajo circunstancias tan esperpénticas como desgraciadas para el futuro. Un tal Juan de Flores, racionero de la Catedral, en complicidad con los abades del Sacromonte y de la iglesia de San Salvador, inició en 1758 excavaciones en una de las casas del barrio del Albayzín, la antigua calle del Tesoro, junto a la placeta de las Minas, que dieron lugar al hallazgo de las ruinas de un interesante edificio, a todas luces romano. Pero estas ruinas auténticas sirvieron muy pronto de marco a supuestos hallazgos de objetos y reliquias de mártires granadinos, sacrificados en la persecución de Diocleciano, y a láminas de plomo e inscripciones, burdamente falsificadas, que hacían referencia al famoso Concilio de Elvira, de comienzos del siglo IV, a los primeros obispos de la sede de *Iliberri* y a los fingidos escritos de San Cecilio hechos surgir en el Sacromonte. Los falsarios tuvieron buen cuidado de mezclar entre tanto disparate algunas inscripciones romanas auténticas y objetos genuinos para dar mayor apariencia de antigüedad al complejo. Pero la noticia de los hallazgos desbordó el ámbito local, y la ingenuidad de los inventos, sólo comparable a la desfachatez de sus autores, no tardó en desacreditar los trabajos de excavación, que se interrumpieron en 1763. Todavía más, dieron lugar a un proceso criminal, por orden de Carlos III, que acabó con el arresto y condena de los inculpados. Pero el descubrimiento y castigo de los culpables tuvo, sin embargo, un triste corolario, puesto que la sentencia mandaba terraplenar el lugar de las excavaciones y, con ello, volvió a enterrarse el interesante edificio antiguo, sin duda, el foro monumental de la ciudad romana, que sólo conocemos por planos y descripciones y que hoy reposa, quizás perdido para siempre, bajo los cimientos del albaicinero Carmen de la Concepción.

Los restos arqueológicos romanos de Granada fueron así relegados al olvido o, aún peor, proscritos hasta la trágica paradoja de ser esgrimidos por quienes negaban un pasado romano a la ciudad del Genil. Los estudios de historia local se orientaron desde entonces mucho más a la recuperación y divulgación de la Granada árabe, y el interés por la *Iliberri* romana quedó circunscrito a brillantes pero excepcionales investigaciones, como las D. Manuel Gómez Moreno, a finales del siglo pasado, o las de M. Sotomayor, en nuestros días.

Durante mucho tiempo, la labor en solitario de M. Sotomayor, descubridor y divulgador de los alfares romanos de Cartuja, ha sido la única contribución reciente al conocimiento de la Granada romana, hasta la incorporación a la Universidad granadina de especialistas en Arqueología e Historia romanas, empeñados en recuperar esos siglos tan injustamente olvidados de la vieja historia de la ciudad. Y sus incansables esfuerzos han obtenido el merecido premio de arrancar al suelo del Albayzín las pruebas arqueológicas de este pasado ibérico y romano, que posteriores excavaciones siguen confirmando. Los trabajos arqueoló-gicos de M. Sotomayor, precisamente en la zona objeto de las polémicas excava-ciones del siglo XVIII, le

llevaron a interesarse por el protagonista de aquel fraude y por las circunstancias que lo rodearon, cuyo relato ofrece en este, por muchas razones, delicioso librito.

De la mano de un amplio resumen del proceso seguido contra los falsificadores, publicado en 1781, y de una rica documentación complementaria, perseguida con un ánimo incansable por bibliotecas y archivos, M. Sotomayor reconstruye, con fino humor e insuperable gracejo, la biografía de Juan de Flores y el marco de la Granada del siglo XVIII donde se desarrollaron sus insólitas aventuras. El autor no ha dudado en calificar su libro de novela picaresca, una novela que es, sin embargo, auténtica historia, amena y divertida, en la que ha sabido recrear, con un estilo literario finamente humorístico, todo el sabor auténtico de una época y de un contexto en el que desfilan los más variados personajes, hermanados por la cultura y la picaresca. El material recopilado por el autor se transforma, gracias a su pluma, en una fascinante tragicomedia que nos introduce y nos hace vivir en un momento de la historia de Granada, en la que, más allá de las vicisitudes de Flores y de sus cómplices, late viva la sociedad granadina de la segunda mitad del siglo XVIII.

Con su pasión de investigador y curioso, su interés por el hecho humano, su humor y su habilidad de escritor, M. Sotomayor ha convertido un episodio olvidado de picaresca "científica" en un delicioso relato en el que se dan la mano, fundidas y complementadas de forma poco común, arqueología e historia, sociología y narrativa literaria.

José Manuel Roldán Hervás
Universidad de Salamanca